



Las “nuevas” ultraderechas latinoamericanas

POR EDUARDO GARCÍA GRANADO



Milei, Kast, Bolsonaro, Bukele o Verástegui son las formas nacionales que ha tomado en cada caso la “ola” de derechas radicales que está alterando los equilibrios políticos en América Latina. ¿Por qué ahora? ¿Cuáles son sus puntos en común y sus diferencias?

América Latina no está siendo ajena al auge generalizado de las derechas radicales en buena parte del -ambiguamente definido como- espacio político occidental. Como en la mayoría de los estados europeos, en Israel y en Norteamérica, en América Latina se están consolidando a velocidades distintas las expresiones nacionales del incipiente eje ultraderechista. En algunos casos, ya han asaltado los Ejecutivos de sus estados; en otros, son todavía fuerzas emergentes, cuando no el principal espacio de la oposición. En algunos casos, la estrategia de intervención política ha pasado por la cooptación de antiguos partidos y coaliciones de la derecha en el país; en otros, se agruparon en torno a organizaciones nuevas o previamente marginales. En algunos casos, han desplazado a los antiguos enclaves del conservadurismo liberal; en otros, han forjado alianzas de gobierno convenientes para ambos. En algunos casos, han puesto el foco en aspectos fiscales o económicos; en otros, en cuestiones identitarias, religiosas o ideológicas.

Por lo general, la práctica totalidad de países en la región han visto a gobiernos de corte neoliberal fracasar en sus pretensiones económicas, políticas y de seguridad. El gobierno de Javier Macri en Argentina, el de Enrique Peña Nieto en México, el uribismo en Colombia, o los de ARENA en El Salvador no lograron hacer efectivas promesas como la del desendeudamiento, el mejoramiento de los salarios medidos en dólares, la agilización de la administración pública, la lucha contra el crimen organizado o la superación de la polarización política por la cual los estados

latinoamericanos oscilan entre gobiernos de corte derechista-neoliberal y gobiernos de corte industrialista-antiimperialista, dejando por norma general inconclusos los procesos de refundación nacional que a menudo ambos bloques plantean. Por lo general, los gobiernos de la “derecha tradicional” latinoamericana no solo no lograron consolidar un bloque identitario de corte reaccionario que alcanzase en representatividad a las izquierdas antiimperialistas regionales, sino que decepcionaron a importantes sectores de las clases medias y trabajadoras ideológicamente derechistas a las que pretendieron convocar.



Por otro lado, los gobiernos de las izquierdas antiimperialistas estuvieron atravesados por procesos de lawfare y por intensas campañas mediáticas que desprestigiaron liderazgos antaño lo suficientemente ensanchados como para ganar elecciones por sí mismos y que criminalizaron las militancias populares, sindicales y progresistas. Prueba de ello dan los casi dos años de prisión del presidente brasileño Lula da Silva, el hostigamiento mediática contra el presidente ecuatoriano Rafael Correa y la mediatización de conceptos criminalizantes del movimiento obrero y popular organizado en Argentina —términos como “gerentes de la pobreza” o “planeros” son ya cotidianos en la discusión pública—. A este cóctel contra las izquierdas deben sumarse otros factores como el inmediatez electoral que acompaña a los regímenes liberales de partidos, que consolida la inestabilidad del proyecto nacional e imposibilita las lentas y necesarias transformaciones sobre las estructuras productivas de las economías nacionales latinoamericanas y sobre la posición de América Latina en el mundo. Los nombres propios de la nueva ola de derechas radicales en América Latina son muchos y se renuevan a medida que la tendencia regional se asienta en las sociedades políticas nacionales. Aunque Jair Bolsonaro fue quizá la primera gran experiencia de la ultraderecha latinoamericana de nuevo cuño, otros nombres están hoy asentados: López Aliaga en Perú, Nayib Bukele en El Salvador, Eduardo

Verástegui en México, José Antonio Kast en Chile, Javier Milei en Argentina... Los números, en ese sentido, son claros en los comicios recientes: Javier Milei ganó el balotaje presidencial en Argentina con catorce millones y medio de votos, Kast alcanzó la segunda vuelta en Chile y consolidó tres millones y medio de apoyos, mientras que Bolsonaro se quedó a las puertas de revalidar su mandato tras cosechar algo más de cincuenta y ocho millones de votos (más del 49%) en el desempate contra Lula da Silva. El bloque en su conjunto se dispone a recibir su victoria más contundente el 4 de febrero, fecha en la que El Salvador elegirá su presidente para los próximos cinco años, con todas las encuestas pronosticando una victoria escandalosamente arrolladora de Nayib Bukele (algunas incluso contemplan que el mandatario superará el 80% de los apoyos).



Pero ¿de qué se habla cuando se plantea que las nuevas derechas radicales están en auge en la región? ¿Puede hablarse de una suerte de “marea ultra” en oposición a la “marea rosa” que protagonizaron los gobiernos desarrollistas, antiimperialistas y progresistas durante las dos primeras décadas del siglo XXI? Parcialmente, sí. Entre las diversas expresiones del fenómeno hay importantes concordancias: el anticomunismo/antiizquierdismo, el antifeminismo y la retórica punitivista les atraviesa por igual. Pese a sus similitudes, que son suficientes para hablar en los términos de “bloque”, existen diferencias notables en dónde ponen el foco y en aspectos notables -aunque no decisivos- de sus programas económicos. En este sentido, hay una distinción primaria que hacer para comprender las variantes de la ola de derecha radical en América Latina: la centralidad retórica. En algunos casos, el foco se coloca en la economía; en otros, en la seguridad; en el resto, en lo identitario/religioso/ideológico. Javier Milei es el paradigma del primer grupo.



En este sentido, Milei y su movimiento La Libertad Avanza encontraron en el discurso económico-mesánico de un líder que “sabía cómo terminar con la inflación” y cómo crecer “con y sin dinero” la clave para agrupar en torno a sí el rechazo a la gestión de Alberto Fernández. Bukele, por su parte, ha centrado —casi exclusivamente— su propaganda en la seguridad. El “método Bukele”, consistente en última instancia en lógicas “de mano dura” existentes con anterioridad en la región combinadas con una asfixiante política de comunicación, consolidó su liderazgo en El Salvador. Bolsonaro, al mismo tiempo, hizo del relato conservador, religioso, anticomunista y antifeminista el eje de su proyecto nacional. “O Mito” profundizó las grietas identitarias existentes en el país y dicotomizó la discusión pública... “por el bien de Brasil”. Verástegui en México, a pesar de su todavía incipiente campaña política, se proyecta de cara al ciclo electoral del año 2024 como un fundamentalista católico que libraría al país de las garras del comunismo representado en cierta medida tanto por MORENA como por la alianza opositora. sistema-mundo capitalista.

Milei, Bolsonaro, Bukele o Kast son dirigentes “superadores” de la derecha tradicional en sus países. Comparten no solo el desprecio —en algunos casos, el odio— por las expresiones locales de la izquierda y el progresismo, sino la crítica orgánica a la “tibieza” de anteriores experiencias de gobierno neoliberal y anti izquierdista.

En el caso de Argentina, el repetido “modelo de la casta” fue la válvula de escape por la que Javier Milei se separó retóricamente de la derecha de Juntos por el Cambio. En el caso de El Salvador, la dialéctica ARENA-FMLN que operó desde el año 1989 fue superada por un Nayib Bukele que planteó una suerte de “tercera posición” desde el punitivismo y el discurso antipolítica.



Con todo, estas nuevas derechas radicales comparten dos elementos cruciales. En todo caso, defendiendo proyectos nacionales que —por desidia o por empuje— consolidan la posición periférica de América Latina. En ningún caso aportan una agenda desarrollista que impulse la industria nacional, proteja las economías locales, nacionales y regionales y pretenda “escalar” en las lógicas del capitalismo internacional. Las privatizaciones y la primarización de las economías nacionales son comunes entre estas “nuevas” expresiones de la derecha continental. De hecho, a menudo las clases privilegiadas por sus gobiernos son aquellas que se nutren de una posición periférica contraria al desarrollo del capitalismo nacional, pero favorable a sus intereses inmediatos. En este sentido, el “decretazo” de Javier Milei privilegiando a los exportadores primarios y desprotegiendo a los industriales es paradigmático.

El proyecto nacional de las derechas radicales latinoamericanas es clasista, pero en un modo específico; no es un proyecto del grueso de las clases capitalistas, sino de sectores concretos de las mismas, a menudo aquellos que mayores beneficios inmediatos obtienen cuanto mayor es la pauperización de la fuerza laboral y cuando menor es la competitividad de los capitalistas industriales nacionales.

A su vez, estas nuevas derechas radicales comparten la dimensión comunicativa. La asfixiante propaganda en redes sociales, a menudo coordinada por un séquito de influencers y creadores de contenido con expertise en los nuevos formatos de comunicación política -Youtube Shorts, Tiktok, etc. Aunque Nayib Bukele encarna en sí mismo esta lógica, la campaña de Javier Milei en Argentina no se entiende si no es a través de su vertiente digital. La creación y difusión de noticias falsas, refuerzo imprescindible de los discursos de odio, protagonizó la última campaña presidencial de Jair Bolsonaro. Por supuesto, no parecen querer renunciar a esta herramienta los recién llegados, como ilustra el perfil de Twitter de Eduardo Verástegui.

Las nuevas derechas radicales latinoamericanas son ya una fuerza central de los sistemas políticos de la región. Como gobierno, como líderes de la oposición o como fuerzas incipientes, lo innegable es que se han asentado a través de decididas campañas de propaganda digital que normalizan su discurso, ensanchan los límites de la discusión pública y complejizan en mayor medida el puzle continental.

Rumbo a las urnas: la agenda electoral 2024 y la reconfiguración del mapa político en América Latina

POR GERARDO SZALKOWICZ



¿Qué está en juego y qué se espera de las presidenciales que habrá en México, Venezuela, Uruguay, El Salvador, República Dominicana y Panamá? Análisis sobre la etapa en la región. Otras elecciones clave en el mundo: más de la mitad del planeta irá a las urnas este año.

El calendario electoral latinoamericano tendrá en 2024 seis escalas presidenciales que seguramente ratifiquen la volatilidad del ciclo político actual y la heterogeneidad de proyectos gubernamentales en el marco de una etapa de constantes recambios en el poder y sin una hegemonía clara en la disputa regional.

El principal rasgo de la época es la inestabilidad: desde 2019 hubo 19 elecciones presidenciales de las cuales las fuerzas opositoras ganaron 17. Sólo lograron reelegirse el eterno Partido Colorado en Paraguay y Daniel Ortega en una Nicaragua con una dinámica democrática flojita de papeles.

Si el otro atributo de esta etapa era el freno a la contraofensiva conservadora y se hablaba de una “segunda ola progresista”, el 2023 sólo sumó a ese polo el sorpresivo triunfo de Bernardo Arévalo en Guatemala. La derecha revalidó en Ecuador y en Paraguay mientras que la irrupción de Javier Milei trastocó el



escenario regional generando un nuevo faro para la extrema derecha que se expande por el globo.

Es previsible que el 2024 marque una desaceleración de esa tendencia del voto castigo, ya que se van a plebiscitar los mandatos de los dos únicos líderes regionales con amplio respaldo popular: el salvadoreño Nayib Bukele y el mexicano Andrés Manuel López Obrador. También aparece como favorito el oficialismo en República Dominicana mientras que en Venezuela, Uruguay y Panamá el panorama es más incierto.

Continuidades

El año electoral latinoamericano tendrá su puntapié inicial el 4 de febrero en El Salvador, cuando Bukele intentará (y logrará caminando) un nuevo mandato. Será luego de una polémica postulación, ya que la Constitución salvadoreña prohíbe explícitamente la reelección consecutiva, pero los jueces de la Corte Suprema (puestos a dedo por Bukele) "reinterpretaron" la Carta Magna para darle luz verde a la maniobra.

La ilegalidad de la trama no causó demasiado revuelo por la alta legitimidad de un presidente con una aprobación superior al 80 %, principalmente por haber desactivado el control territorial de las pandillas. Para buena parte de la población, la significativa reducción de la criminalidad y los homicidios deja en un segundo plano la creciente autocratización y las violaciones a los derechos humanos.

El que no apeló a vericuetos legales ante la imposibilidad de reelegirse es el presidente mexicano. Tres décadas más grandes que Bukele y en las antípodas ideológicas, AMLO también culmina su sexenio con una alta popularidad. Su desafío será trasladarle ese apoyo a su candidata Claudia Sheinbaum, reciente jefa de Gobierno de la capital mexicana.

Del otro lado de la grieta para las elecciones del 2 de junio, está -por ahora muy debajo en los sondeos- la senadora Xóchitl Gálvez, candidata por la coalición de los partidos tradicionales PAN, PRI y PRD. La novedad es que México tendrá por primera vez una presidenta mujer.

Escenario abierto

Quizá la elección que atraerá más miradas será la de Venezuela, con fecha a confirmar para el segundo semestre. Nicolás Maduro, que gobierna desde la muerte de Hugo Chávez en 2013, buscará su tercera victoria electoral en un contexto de leve mejoría económica, suavización de las sanciones de Estados Unidos y un diálogo abierto con la oposición. La gran incógnita será si en esas negociaciones la derecha logra destrabar la inhabilitación que pesa sobre María Corina Machado por corrupción y usurpación de cargos durante el fracasado "plan Guaidó". La ganadora de la interna opositora pertenece al ala más radical y golpista del antichavismo, con mayor subordinación a EE.UU. y nexos más fluidos con la ultraderecha mundial.



Al igual que en Venezuela, también en Uruguay la moneda está en el aire aunque, por los recientes escándalos que salpicaron al gobierno, el Frente Amplio aparece mejor parado para recuperar el Ejecutivo en los comicios del 27 de octubre.

Pero la carrera electoral uruguaya tendrá más claridad después de las internas de junio. En el Partido Nacional, el principal de la coalición gobernante, el favorito es Álvaro Delgado, actual secretario de la Presidencia y mano derecha de Luis Lacalle Pou, quien no puede reelegirse. Por el FA, corren con ventaja Yamandú Orsi, intendente de Canelones, y Carolina Cosse, intendenta de Montevideo.

En Panamá, ocho candidatos competirán por la presidencia el 5 de mayo, en un ambiente marcado por un reciente levantamiento popular contra la explotación minera que dejó con pocas chances al candidato oficialista José Gabriel Carrizo, actual vicepresidente. Lidera las encuestas el exmandatario Ricardo Martinelli, quien en 2023 fue condenado a 10 años por lavado de dinero y seguramente sea inhabilitado.

Dos semanas después, la subregión caribeña tendrá su jornada electoral en la República Dominicana, donde el mandatario Luis

Abinader buscará la reelección frente al tres veces presidente Leonel Fernández. Pocas novedades en estos últimos dos países, donde el progresismo no ha logrado levantar una alternativa en lo que va del siglo.

En síntesis, mucho está en juego en el año electoral de esta América Latina en disputa, en una época en la consolidación de proyectos es la excepción y en que la reacción pendular del electorado no parece responder a giros ideológicos sino más bien al descontento.

El año en que más personas en el mundo irán a las urnas

Con más de 80 elecciones (más de un tercio presidenciales), en 2024 cerca de la mitad de la población mundial votará a sus futuros representantes: será el año en que más personas irán a las urnas.

Este "tsunami electoral" tendrá su epicentro en Estados Unidos el martes 5 de noviembre, en una contienda que pinta ser una muy particular segunda vuelta en entre el presidente demócrata actual, Joe Biden (de 81 años; si vence podría gobernar hasta los 86), y su predecesor republicano, el excéntrico magnate de ultraderecha Donald Trump (de 77), que busca la revancha con el recuerdo de la toma del Congreso de sus seguidores, que se resistieron al traspaso del poder, disconformes con los resultados de las elecciones de 2020.

Del otro lado de la disputa geopolítica global, Vladimir Putin buscará el 17 de marzo su quinto mandato consecutivo como presidente de Rusia.

Al mes siguiente, Narendra Modi, primer ministro de la India desde 2014, también buscará ser reelecto en el país que en 2023 superó a China y se convirtió en el más poblado del mundo.

También habrá elecciones en otros países muy populosos de Asia como Bangladesh (este domingo), Pakistán e Indonesia.

Otros comicios que se destacan son los de Taiwán, el próximo sábado 13, justamente en medio de la escalada de tensión con China). También la elección de los 720 representantes del Parlamento Europeo en los 27 países que conforman el bloque, con la particularidad de que se desarrollarán entre el jueves 6 de junio y el posterior domingo 9.